



Inscripción en parte frontal (zona superior) AÑO 1895 en el centro ÁNIMAS, A M^º (parte inferior) y por detrás ORZALES

La Leyenda de: La Cruz de Sollomba

Acababa de iniciarse el verano de 1894 y en Madrid, una moza de la alta sociedad, se encontraba preocupada porque no le bajaba la menstruación, sabiendo que era muy regular. Tras esperar una semana ya no pudo más y acudió al médico de la familia a confesarle la situación. El doctor tras hacerla las preguntas pertinentes decidió, ante las sospechas, realizar una auscultación lo que le inclinó a pronosticar que estaba encinta. A la muchacha, con la noticia, se le vino el cielo encima ya que la llegada de un nuevo miembro a la familia le cambiaría la vida. Al regresar a casa algo compungida, todo eran preguntas sobre lo que le había dicho el doctor. Ella les respondió que era un *sí*, que estaba de buena esperanza. Hubo reacciones para todos los gustos. Su marido y su padre, el marqués, encantados; su madre y la doncella de servicio, parece que nos les hizo tanta gracia, pero todos trataron de calmar a la hija del marqués por el disgusto que traía.

Pasados unos días y con un poco de sosiego, la familia llegó a la conclusión de que había que volver a hablar con el médico para ver si él tiene algún consejo o remedio para la joven por lo afligida que se encontraba. El médico de familia comentó que *a lo hecho, pecho*, que había que tirar para adelante, que lo único que se le venía a la cabeza era hablar con un colega suyo de profesión con el que mantenía muy buena relación. Este médico acababa de abrir un sanatorio en la provincia de Santander y que le podía aliviar de la futura situación buscándole una chica que le suplantaría en amamantar a la criatura cuando llegara al mundo. Era el Dr. Madrazo en Vega de Pas. A la familia le pareció una solución interesante y enviaron una carta al doctor pidiéndole audiencia, a lo que éste respondió que él no se podía mover de Vega por los trabajos de operaciones del sanatorio pero que gustosamente les podría aconsejar.

Eran mediados de agosto de 1894 y los doctores se pusieron de acuerdo para verse en Vega de Pas. Entrados en conversación, el doctor Madrazo comentó que sabía de una muchacha humilde, de buena familia que estaba embarazada de segundo parto y que saldría de cuentas para Santa Águeda, el 5 de febrero del próximo año. Él, le había hecho el seguimiento en el primer nacimiento y que el hijo había salido muy bien

alimentado, sobrándole siempre leche a la madre. El médico de los marqueses echó cuentas y su paciente daría a luz por San José, el 19 de marzo, con lo que las fechas podrían ser factibles.

Ahora tocaba hablar con Clara, que así se llamaba la pasiega, y con su familia, fundamentalmente con Gregorio, su marido, que sería una de las patas del banco. La proposición era que una vez que Clara tuviese el niño debería ir a Madrid con el recién nacido, que allí nos les iba a faltar de nada, así como tampoco a la familia que se quedaba en Vega. Tras sopesarlo con intriga todo el mes de septiembre, por fin aceptaron la proposición de que pasado San José, Clara tendría que ir con el niño a la casa de los marqueses de Madrid por un año aproximadamente.

El día 3 de febrero de 1895 fiesta de San Blas, vino al mundo el segundo hijo de Gregorio y Clara, un niño a entender de la parturienta, todo rojito y gordete, que como nació en día tan señalado vino con el nombre puesto.

Por carta le pasaron la información a los marqueses de que todo había salido bien y que se mantenía el plan preestablecido. A mediados de marzo se acercó a La Vega el marqués con su séquito para conocer al recién nacido y ver cómo se encontraba Clara. Les dispensaron varios regalos y ropas para el niño y la mamá, les dieron un dinero para que no pasaran necesidad y les adelantaron la parte correspondiente para el viaje a Madrid. Se pusieron de acuerdo y quedaron que sería el día 22 de marzo en el tren que saldría de Reinosa por la noche y que llegaría a Madrid el 23 al mediodía.

El 21 de marzo en casa de Clara todo eran nervios, planchar la ropa, preparar el cuévano, llevar algo de comida en el capazo para el viaje, lavar bien a Blas y llevar unas ropas de cambio. Por otro lado, Gregorio estaba repasando las herraduras de la yegua y la silla de montura para realizar la primera etapa hasta el caserío de La Magdalena donde habían planificado hacer noche.

Llegó la mañana del 22, una mañana nubosa y algo fresca. En cuanto amaneció ya estaba la familia en marcha. Clara montada en la yegua con el niño en brazos y Gregorio tirando del ramal, igual que la sagrada familia de Nazaret. Les quedaban por delante treinta kilómetros.

A las diez de la mañana ya estaban en casa de unos parientes de Corconte calentando el desayuno y dando el pecho al pequeñín que había ido durmiendo todo el viaje y que se había portado como un santo. No se entretuvieron porque estaban a medio camino y Gregorio tenía que volver a casa por la noche.

Por Quintanamanil, pasaban sobre las doce, pararon en la casa de la carretera para calentarse un poquito ya que empezaba a correr aire fresco del gallego, el noroeste. Tras un pequeño refrigerio y dar de comer a la yegua, continuaron viaje.

Era la hora de comer y llegaron a la casa de la carretera a la salida del pueblo de Orzales. Estaba empezando a chispear y Pío Moreno, que así se llamaba el dueño de la casa, observó la situación y viendo a la pareja con el pequeñín, les ofreció su hogar para lo que necesitaran. Clara con su pequeño se mostraba agradecidísima hacia Pío y Saturnina, su señora, por su predisposición. Entablaron conversación y Gregorio contó el plan que les traía por allí. El matrimonio campurriano entendió que a partir del día siguiente Clara pasaría a ser “ama de cría” de los marqueses madrileños y tendría una pareja que amamantar.

- Bueno- dijo Gregorio

- No nos podemos entretener que yo esta noche tengo que estar de vuelta en casa.

- Pero, ¡cómo! - dijo Pío- aunque vuelvas en la yegua te va a coger la noche.

Contestó Gregorio:

-De aquí a Reinosa en poco más de media hora llegamos.

-Es mejor que te vuelvas desde aquí, que a Reinosa me atrevo a llegar yo sola con el niño -respondió Clara

Comentó Pío:

-¡Qué valiente eres, Clara!, en ese caso hasta un poco más allá de Casa Blanca yo te acompañaré

Así lo hicieron, caía un poco de nieve y corría algo el viento. Eran sobre las tres de la tarde cuando Clara se despidió de Gregorio y cada uno tomó su camino.

Pío y Clara sin entretenerse cogieron dirección a Reinosa, pasaron Casablanca donde se marcaban las pisadas en la nieve caída y Clara quería que Pío se diera la vuelta argumentándole que ella iba bien abrigada y él se estaba mojando. Pío le prometió que hasta Sollomba le acompañaría. Él conocía bien el camino y con la nieve había tramos semicubiertos, dudosos. Tras pasar un pequeño arroyuelo, ya Clara le insistió que se diera la vuelta que casi se veía Reinosa. Se despidieron pero Pío le acompañó un trecho más hasta culminar el pequeño montículo que tenían al frente. Muy a su pesar ante las reiteradas insistencias de Clara, ya se dio la vuelta, recatándose y comprobando como Clara, muy decidida, se alejaba.

Cuando Pío regresó a su casa, ya salía a buscarle Saturnina, con un paraguas ya que estaba muy preocupada por la situación, viendo que había comenzado a nevar con más fuerza y Pío andaba algo resfriado. Al entrar en casa se preguntaban entre ellos, cómo llegaría Clara y en su pensamiento le desearon mucha suerte en su andadura.

El matrimonio de Orzales se acostó preocupado por la dicha que correrían la pareja de pasiegos que se habían embarcado en aquella difícil aventura. Durmieron mal y nada más amanecer, Pío se asomó a la ventana para ver la nieve que había caído. Se tranquilizó al comprobar que no llegaba a una cuarta en toda la noche.

No obstante, seguía preocupado y buscó una disculpa para ir a Reinosa a recoger un recado y asegurarse de que Clara no hubiese tenido algún contratiempo. Llegó al lugar donde la tarde anterior se había despedido de Clara, superó el cuesto de enfrente y no muy lejos vio un tumulto de gente, se echó a temblar y pensó en lo peor, como así fue. María se había salido del camino cayéndose en un riachuelo traicionero.

Pío no podía dar paso, sólo alcanzó a ver el cuévano nevado en el que viajaba Blas. Regresó a casa como pudo para contarle lo sucedido a su mujer. En el encuentro, los dos se unieron en un abrazo sollozando, no se lo podían creer.

Pío Moreno, prometió colocar una cruz en el lugar donde se despidió de Clara, en recuerdo y homenaje a la brava pasiega que iba para “ama de cría”.

Nota: En la contienda de la Guerra Civil la cruz de Pío Moreno quedó muy deteriorada, lo que obligó a sustituirla.

La actual Cruz fue labrada por Antonio Moreno Peña, hijo de Pío Moreno, en 1937



Antonio Moreno Peña